



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

I

Accidente de carruaje.

En una clara y azulada tarde de Marzo de 1881, hacia las tres, una de las veinte «más lindas mujeres» del París de entonces (como dicen los periódicos), la señora condesa de Candale, fué víctima de un accidente desagradable, que puede ser peligroso y que de hecho es vulgar: en el momento en que su cochero doblaba el ángulo de la avenida de Autín para ganar la pendiente de los Campos Elíseos, el caballo del carruaje se encabritó, dió un salto y cayó sobre la acera, con tan poca suerte, que se rompió la lanza del lado izquierdo del coche.

La condesa experimentó una recia sacudida y sufrió una perturbación nerviosa durante algunos segundos; pero todos sus planes y combinaciones para el empleo de la tarde quedaban rudamente trastornados.

Y la lista era larga, á juzgar por la blanca pizarra de marco de fino cuero que estaba colocada

en la delantera del interior del coche, con el reloj y la carterita de las tarjetas.

El lindo rostro de la joven, aquel rostro finísimo, de rasgos delicados, de perfil correcto, expresaba una contrariedad parecida á la cólera, mientras ella descendía del carruaje, en medio de muchedumbre ya compacta.

La curiosidad general de que era objeto acabó de ponerla de mal humor, y entonces, con voz muy dura, ella, que era la bondad misma, tan justa siempre, tan indulgente hasta para sus criados, dijo al lacayo:

—Francisco, inmediatamente que el caballo se levante, dejaréis que ese malaventurado Aimé se arregle como pueda... y vos iréis al Círculo de la calle Royale. Necesito un carruaje antes de media hora, casa de la señora de Tillières.

Y echó á andar, con sus pies calzados de botinas finísimas, hacia la calle Matignón, donde habitaba la amiga de quien había dado el nombre al pobre Francisco.

Este era un muchacho muy tieso y empaquetado en su larga librea oscura, y pálido todavía por el susto que le había causado la caída del caballo, apenas respondió:

—Sí, señora condesa.

Y la señora de Candale atravesó por la masa de los curiosos, pensando únicamente en el trastorno «de su tarde» por aquel súbito accidente.

—¡Estúpido!—se decía.—Era menester que esto me ocurriese el día en que estoy más ocupada... ¡Con tal que Julieta esté en casa!... Y si no lo está peor..., porque la esperaré en casa de su madre... Sin embargo, yo quisiera encontrarla, después de una semana que no nos hemos visto... ¡Ah! ¡Si en este París no hay tiempo para nada!

Y diciéndose interiormente ese discurso, andaba con la cabeza muy erguida y adornada por deliciosa capota color de malva, dibujándose su flexible talle bajo largo manto gris, casi ajustado al busto por un bordado de plumas de igual color.

Andaba y miraba á los transeúntes con esa especial mirada en que la mujer puede adivinar en su juventud el triunfo y en su vejez la desaparición de su belleza; porque cuando la mujer que pasa tiene el «aire de gran señora» que tenía Gabriela de Candale, y que, hoy como ayer, no se imita ni se puede imitar, ocurre una verdadera escena cómica de parte del hombre que la encuentra en su camino: ese hombre pasa, y cualquiera dirá que no la ha visto; pero esperad á que ella se haya alejado siquiera dos pasos, y observad entonces cómo él, con rápido ademán, se vuelve á mirarla una vez, dos veces, tres veces, y la sigue todavía con la mirada.

¡Que los fisiologistas expliquen este misterio! Ella no tiene necesidad de volverse para estar persuadida, segura del efecto que produce; y que los

moralistas expliquen este otro misterio: ella se considera siempre como lisonjeada por tal efecto, aunque el transeunte sea jorobado, cojo, manco, y aunque ella ostente, como la señora de Candale, uno de los grandes nombres históricos de Francia.

Cierto que Gabriela no tenía entre sus relaciones de clase fama de coqueta: acababa de librarse de un verdadero peligro, y tenía que renunciar, por algún tiempo, á su excelente berlina inglesa, muy ancha y con ventanas angostas, encargada en Londres con arreglo á indicaciones muy especiales; y además, había perdido un caballo, el mejor de su cuadra.

¡Otros tantos motivos para que llegase de mal humor á la casa de la calle Matignón!

Y, sin embargo, cuando empujó, con su enguantada mano, el pesado aldabón de la vieja puerta cochera, la encantadora *Santa* (como solía llamarla precisamente aquella amiga á quien iba á pedir asilo) no mostraba entre sus doradas cejas el menor síntoma de irritación y enfado.

Ella había gustado, por espacio de cinco minutos, el placer íntimo de sentirse hermosa entre las rápidas ojeadas que la dirigieron algunos admiradores anónimos, y sabido es que las Santas saborean con más delicia ese placer tan femenino, por lo mismo que se permiten menos ser mujeres...

Y aun tenía su expresión medio picaresca de las horas de alegría, mientras cruzaba por el patio y se

dirigía por el fondo, á la derecha, hacia una escalera del vestíbulo, encerrada bajo claraboya de cristales.

Hallar al punto confidente á quien se refieren las peripecias de un suceso peligroso, y por fortuna inofensivo, es casi regocijarse de aquel accidente, y quizá por lo mismo la condesa, oprimiendo el botón del timbre, sonreía con este pensamiento:

—¡Estoy segura de que mi amiga recibirá más susto que yo misma!

Aunque nueve años han pasado ya desde los sucesos de que fué prólogo esta visita inesperada, ¿cuántas personas en París, y aun entre la sociedad de la señora Candale, no se acuerdan de la encantadora y misteriosa mujer que aquélla denominaba «mi amiga,» sencillamente, *tout court*, como se dice en parisiense, lo mismo cuando se hablaba de ella á sí misma, en el silencio de su corazón, que en voz alta, cuando hablaba á los demás?

Por lo mismo no será inútil, para la inteligencia de esta aventura, bosquejar en pocas líneas el retrato de aquella desconocida que, en su tiempo, fué casi una incógnita hasta para sus propias amigas.

Sí; la señora de Tillières era una de esas mundanas, reservadas en medio del mundo, modestas hasta eclipsarse, que despliegan para pasar inadvertidas tanta diplomacia como sus rivales emplean para fascinar y triunfar.

Por lo demás, ¿no era un símbolo de su carácter y una prueba de sus aficiones el hecho de haber elegido su habitación sobre el estrecho vestíbulo en que se dibujaba en tal momento la aristocrática silueta de Gabriela?

Una atmósfera de soledad flotaba alrededor de aquel cuarto, separado del cuerpo principal del edificio por un patio y velado por jardines en el frente que limitaba con la calle del Cirque; pero aquella calle Matingnón, con el largo muro que la forma por un lado y con sus viejas viviendas que en nada han variado desde el siglo último, evitada casi siempre por los cocheros, que prefieren ir desde los Campos Elíseos al faubourg Saint Honoré por la avenida de Autín, ¿no es quizá como una paradoja de tranquilidad provincial en aquel barrio tan moderno y tan animado?

Hasta la escalera, aislada bajo su cúpula de cristal, tenía cierta originalidad: sus cinco peldaños, cubiertos con alfombra de colores muy gastados, terminaban en una puerta de cristales, en su parte superior, para que la luz penetrase en la antesala, y estaba, por la parte interior, guarnecida de cortinillas rojas.

No era un pabellón vulgar, porque la casa tenía cuatro pisos, ni un hotel propiamente dicho, porque la señora de Tillières y su madre, la señora de Naucay, habitaban sólo en el cuarto bajo y en el principal, y eran éstos, no obstante, morada exclu-

sivamente de ellas, porque habían hecho instalar una escalera interior que enlazaba los dos pisos, y las dispensaba de la escalera general, cuya entrada, á la derecha, formaba *pendant* con la de la otra bajo la claraboya.

Sin exagerar la significación de estas pequeñeces, si la ostentación de lujo supone siempre alguna vanidad, la preferencia que se da á una morada algo melancólica, en una calle algo apartada, basta para revelar en quien la habita algún temor de los éxitos de sociedad.

Por otra parte, si la señora de Tillières no hubiese estudiado hasta en los menores detalles la manera de resguardarse de la intimidad, ¿habría resuelto el inverosímil problema de quedar viuda á los veinte años y pasar los diez siguientes de la viudedad en París, libre, rica, deliciosa, sin dar casi ningún motivo para que se repitiera su nombre?

Por todo lo cual, si es muy justo que los indiferentes hayan olvidado ya á aquella mujer, no parecida á las elegantes de su época, en revancha, sus amigos (¡oh!, ¡no muy numerosos!) se interesaron por ella desde entonces con un fanatismo que el tiempo no ha debilitado.

A los curiosos que se extrañaban de que una mujer tan hermosa consumiese su juventud en aquella especie de penumbra, los amigos de ella les contestaban invariablemente con esta frase:

—¡Ha sufrido tanto!

Y cada uno la pronunciaba con un acento singular, indicando confidencias demasiado delicadas, demasiado íntimas y sinceras para ser repetidas.

La tragedia que había dejado viuda á Julieta justificaba sobradamente esta explicación de su carácter: el marqués Roger de Tillières, su marido, uno de los más brillantes capitanes de Estado Mayor, cayó muerto, en Julio de 1870, al lado del general Douay, por una de las primeras balas disparadas en la deplorable guerra; y esta noticia, comunicada sin preparativos á la marquesa, entonces en cinta de siete meses, había producido una crisis muy dolorosa en la prematura viuda, que fué madre, por consecuencia de ello, antes de tiempo, dando á luz un niño que sólo vivió tres semanas.

Mas por extraños y terribles que sean los sucesos de la vida, nada crean en nosotros y, á la sumo, exaltan ó deprimen nuestras facultades innatas; y la señora de Tillières, aun feliz y amada, habría sido siempre la misma criatura modesta, de aficiones limitadas, de estrecho hogar, casi de reclusión.

Cuando ese gusto de quedar aparte no es fingido, supone delicadeza algo dolorosa en mujeres tan bien educadas como Julieta, tan bellas, tan ricas (ella y su madre poseían ciento veinte mil francos de renta), y, por consiguiente, pronto son envueltas y arrebatadas por el torbellino; tales mujeres han debido de sentir desde sus primeros pasos en el mundo las banalidades, las mentiras, y también

las encubiertas brutalidades que constituyen la vida mundana; es para ellas necesidad indispensable que todas las cosas que las rodean, desde su mobiliario y sus trajes, hasta sus amistades y sus amores, sean distinguidas, raras, especiales, individuales; esfuérganse en sustraerse á la moda ó en no someterse á ella sino interpretándola á su capricho; viven mucho en su casa, y se arreglan de modo que sea considerado como favor singular el ser allí recibido.

¿Cómo se las componen? ¡Esto es un secreto!

Pero llega á suceder también, haciéndose desear, que su presencia en un salón sea otro favor, y este gentil manejo no está exento de peligros para ellas, siendo el primero el de conceder excesiva importancia á su personalidad, y además, pensando demasiado en sus sentimientos, el de desenvolver en su alma enfermedades artificiosas y complicadas.

Mas la amistad de estas mujeres ofrece atractivos infinitos: ¿no supone desde luego una elección que es, por sí sola, constante lisonja del amor propio de los amigos favorecidos? Luego dicha amistad abunda en minuciosas atenciones, en cotidianas dulzuras, porque conociendo perfectamente el carácter de todos los amigos, su tacto exquisito no las deja incurrir en la frialdad más insignificante.

Son indispensables é irremplazables cuando se ha vivido en su esfera de afecto, y dejan detrás de

sí cuando desaparecen un recuerdo profundo y duradero, por lo mismo que es muy reducido.

Esto ha sucedido con Julieta: todavía hoy, si encontráis por casualidad á los más fieles *habitués* del saloncito de la calle Matignón, el pintor Félix Miraut, el general De Jardes, el anciano diplomático D'Avançon, el antiguo prefecto Ludovico Accagne, y les contáis alguna anécdota de salón que se preste á comentarios, si tenéis confianza con ellos, la conversación no terminará sin que os digan:

—¡Si hubiéseis conocido á la señora de Tillières!

O bien:

—¡Esas son gentes que estaba uno muy seguro de no encontrar en el salón de la señora de Tillières!

Pero no insistáis, porque entonces los veréis poner una fisonomía de *iniciados*, y hacer que la conversación recaiga en su materia habitual: Miraut, en su último cuadro de flores; De Jardes, en su nuevo proyecto de armamento; D'Avançon, en su misión secreta á Italia; Ludovico Accagne, en la obra de los Asilos de la Noche, de la que es activo agente. ¡Cualquiera dirá que ellos han adquirido, en la escuela de su amiga de aquella época, el gusto por la discreción que las mujeres de tal naturaleza exigen de sus admiradores!

Por otra parte, el pintor, con su lenguaje concre-

to y lleno de imágenes; el general, con su palabra técnica; el diplomático, con la cortesía de sus fórmulas, y el exprefecto, con la seriedad administrativa de los funcionarios de su clase, ¿serían capaces de interpretar ese *quid* exquisito que constituye el encanto de la mujer, y que la señora de Tillières poseía en grado único?

¡El encanto! Una mujer sola, cuando ha amado mucho á otra (esto sucede á menudo), puede hacer revivir, en alguna confidencia á media voz, el *quid* misterioso, la magia de gracia que hay en aquella palabra indefinible en el hombre.

Para evocar á la señora de Tillières, en lo que fué la inocente y duradera hechicería de su seducción, es menester dirigirse á la señora de Candale, si ella consiente en hablar, lo que no sucede con frecuencia, porque la pobre *Santa* considera como un remordimiento ese recuerdo; y ¡es tan difícil, cuando la fibra del escrúpulo palpita en nosotros, no sospechar siquiera que hemos sido causa de las desventuras originadas por culpa nuestra!

¡Cuántas veces la elegante condesa, pensando en aquella hermosa tarde de Marzo, en que fué á llamar en la puerta de «su amiga,» ha murmurado silenciosamente: «¡Si no nos hubiésemos hallado aquel día! ¡Si yo no hubiese ido á la calle Matignón!»

Llámesese casualidad, llámesese destino fatal al juego incesante é inesperado de los sucesos, amonto-

nados unos sobre otros, que constituye toda la desgracia ó toda la fortuna de un sér, ¿será indudable que éstas dependen algunas veces de la caída de un caballo en el pavimento de una calle, de la torpeza de un cocheró, de la fractura de la lanza de un coche, de una visita que es como resultado del accidente de carruaje?

Casualidad, destino ó providencia, lo cierto es que la señora de Candale no tenía semejantes ideas, ni el menor presentimiento doloroso bajo la capotita color malva que adornaba tan lindamente su cabecita rubia, cuando el ayuda de cámara la guió á través del salón, primero, y después á otro saloncito donde Julieta, según costumbre, moraba.

A la sazón esta última escribía, sentada á un estrecho *bureau*, que aparecía defendido por un biombo muy bajo, en el ángulo de la ventana, de manera que ella, sólo con alzar los ojos, veía el jardín.

Los árboles, en aquel hermoso día de primavera, mostraban ya sus frescas yemas en la punta y en los nudos de las ramas, negras todavía; la verde hierba cubría la parda tierra con sus tallos finos y cortos; un sencillo muro, revestido de hiedra, separaba aquel jardincito de dos jardines más vastos que se extendían hasta la calle del Cirque.

Era casi en el fondo del parque sin hojas donde se destacaba el lindo rostro de Julieta cuando, habiendo visto á la señora de Candale, ella se levantó

para abrazarla, exhalando un dulce grito de sorpresa.

— Mira— la dijo— estoy vestida, y me espera el coche: ¿como que iba á tu casa para saber de tí!

— Y no me hubieras encontrado— respondió la condesa;— y además, no habría nadie allí para decirte que, tal como me ves, quizá has estado á punto de no volver á verme jamás.

— ¡Qué locura!

— ¡Pero si acabo de salvarme de un gran peligro!

— ¡Me das miedo!

Y Gabriela comenzó el relato (un relato de fantasía, como todos los de mujer) de su accidente de carruaje, mientras Julieta le escuchaba atenta y acentuándole con leves exclamaciones.

Aquel saloncito era el más dulce nido para una conversación íntima de amigas, y de amigas verdaderas como ellas, templado toda la mañana por el sol de Marzo y toda la tarde por la serena llama de la chimenea, alimentada con pedazos de seca encina.

En vano hubierais buscado allí la confusión de telas y de *bibelots*, habitual á los parisienses de hoy; por una espiritual fantasía de aristócrata, la marquesa había hecho trasladar á su casa de la calle Matignón el mobiliario de uno de sus *boudoir*, de Naucay, y hasta los menores detalles, en aquel saloncito, revelaban el estilo de la época de Luis XVI, época en que el *chateau* fué restaurado por el abue-

lo de la señora de Tillières, Carlos de Nançay, el protector de Rivarol.

Los matices blanquecinos y algo neutros de las maderas, graciosamente esculpidas, y las tintas azuladas de las telas viejas, armonizaban con algunos retratos antiguos, en marco dorado, que pendían de las paredes.

¿Quizás tenía Julieta la intención de que semejante decorado, viejo de cien años, convenía más que otro al carácter singular de su belleza? Es indudable que con una nube de polvo en los cabellos rubios (de un rubio tan ceniciento como rubio dorado era el de los cabellos de Gabriela), con un lunar en el ángulo izquierdo de su boca finísima, con dulce color de rosa en sus mejillas, con altos chapines en sus pies delicados y con un corpiño á lo María Antonieta ciñendo su flexible talle, la marquesa parecía contemporánea de Laura de Nançay, cuyo retrato formaba *pendant*, sobre la chimenea, con el del marqués Carlos.

Y aun sin lunar y sin polvos, asemejábase, con semejanza muy notable, á aquella abuela suya, tan indignamente recompensada de la pasión más romancesca, en una época que no lo era, por un capítulo deplorable de las *Memorias* de Tilly.

En Julieta, como en aquella su hermosa antepasada, el aire gracioso, infantil, como de una porcelana de Sajonia muy frágil, estaba corregido por la expresión profunda de la mirada y el triste pliegue

de la sonrisa; y un detalle de fisonomía transformaba, en la señora de Tillières, en espiritual encanto la belleza algo seca de la del siglo XVIII: en el momento de abandonar la dilatación súbita de la pupila hasta hacer que apareciesen negros sus bellos ojos de un azul sombrío, daba la sensación de una nerviosidad enfermiza, contenida por la voluntad más firme.

Aquel semblante, en que al par había tanta nobleza de raza y tanta pasión reconcentrada, presentaba singular contraste con el rostro de la señora de Candale, tan delicadamente patricio, tan afinado por herencia secular, pero todo energía, todo acción vigorosa: la condesa, que vive como hipnotizado por su culto al terrible mariscal de Candale, el amigo de Moutluc y su rival en crueles matanzas, habría sido, en el siglo de las luchas religiosas, una de esas rudas guerreras de quien Estoil refiere audacias tremendas, y más cerca de nuestros días, una *chouanne*, una de las Amazonas de la Vendée y del Cotentin que hacían fuego á lo largo de los caminos, bravas como los más bravos de sus compañeros.

La marquesa de Tillières, toda ternura, toda delicadeza, hacía pensar en las heroínas de la vida amorosa, cuyo tipo ha encarnado la historia en la conmovedora figura de una La Vallière ó de una Aïssé; aquella era un Van Dyck descendido de su cuadro por la virtud del atavismo, y esta última un



retrato al pastel de otra época, animado por encanto misterioso.

Pero si á las analogías exteriores correspondía una analogía moral; si había, en efecto, en una palpitación secreta de heroísmo y en otra inmensas profundidades veladas por la pasión, esto no lo habría podido conocer el más sutil de los hombres que hubiera escuchado su conversación, su *causerie*, en el ángulo del sofá; porque al punto, acabado el relato del accidente, aquel Van Dyck, vestido por Worth, y aquel pastel decorado por Doucet, empezaron á contarse *su semana*, y esto era sencillamente la charla de dos amigas que hablan de telas y cintas, de sus visitas y sus *soirées*, hasta llegar á esta frase inevitable, pronunciada por la condesa:

—Veamos: ¿cuándo vas á comer conmigo, para hablar largo rato? ¿Quieres mañana?

—¿Mañana? No—respondió la señora de Tillières—porque vendrá á mi casa una prima mía de Nançay. ¿Quieres pasado mañana, jueves?

—¿Jueves?, ¿jueves? Pues no estoy libre ese día, porque comeré en casa de mi hermana de Arcole. ¿Quieres el viernes?

—¡Ah! ¡Esto parece un juego!—respondió Julieta riendo.—Comeré con los D'Avançon... Figúrate que es menester que sea yo quien ponga paz en el hogar de mi adorador... Pero como la señora D'Avançon se recoge temprano, si es tu

día de palco en la Ópera, y no tienes convidados...

—Ninguno... ¡Perfectamente! No mandes enganchar, porque iré á buscarte, á las nueve, en casa de los D'Avançon... Mas está lejos el viernes, muy lejos... Tengo una idea: ¿si vinieses conmigo esta misma tarde?

—¿Pero no ves mi *bureau*?—contestó la señora de Tillières.—Acababa esa carta cuando tú has entrado... Escribo á Miraut, que me pide día hace largo tiempo, y como hoy estaba sola con mi madre...

—Pues no envías la carta, y eso es todo—dijo la condesa.—Vamos, dame ese gusto... ¡Será una alegría esa comida! ¡Toda la partida de caza de Pont-sur-Yonne! Ya conoces á los cazadores: Prozny, D'Artelles, Mosé...

Y después de un momento de vacilación, añadió:

—Y además, otro que tal vez no tengas muchos deseos de conocer... porque ¡eres, como dicen los españoles, tan *particular*!

—Y los franceses dicen lo mismo—interrumpió Julieta, empezando á reír.—¡Y todo ello porque no quiero ir á tu casa en días de barullo! ¿Y quién es el misterioso personaje á quien debo prohibirte que me presentes?

—¡Oh! No es muy misterioso—respondió Gabriela.—Es Raimundo Casal.

—¿El de la señora de Corcieux?—preguntó Julieta, y prosiguió, en viendo el ademán afirmativo

de la condesa:—El hecho es que el severo Poyanne desaprobará, y no me libraré de oír esta frase: «¿Por qué la señora de Candale recibe en su casa hombres como este?»

Sin duda el amigo de quien la señora de Tillières se burlaba tan fácilmente no estaba muy en favor en el ánimo de la condesa, porque ésta dió á sus ojos un fugitivo relámpago de mala alegría, y como alentada por tal burla, respondió:

—En primer lugar, le dirás que es amigo de mi marido más que mío; además, ¿quieres que te hable francamente? Casal no es, según significa para tí, para Poyanne, para otras personas, un libertino que sólo visita á las mujeres para perderlas; un fatuo que ha comprometido á las señoras de Hacqueville, de Ethorel, de Corcieux y á mil y una más; un jugador que ha hecho en el círculo partidas extravagantes; un sér brutal que no se levanta de la mesa de juego sino para montar á caballo, tirar al florete, cazar, acabar la noche, *drunk as a lord*... Ese es tu Casal y el de tu Poyanne...

—¡Mi Casal!—interrumpió Julieta.—No le conozco, y tampoco mi Poyanne... No, yo no quiero ser responsable de las antipatías de mis amigos. ¡Sé justa!

—¡Sí, sí! ¡Tu Poyanne!—insistió la condesa.—Si fuese viudo en vez de estar separado de su mujer, ó si ésta le diera la sorpresa de morir en Florencia... ¡donde lleva una vida!...

—¿Qué? ¡Acaba!—dijo la señora de Tillières.

—Que tengo siempre la idea de que serías capaz de casarte con él, y él también, apostaré yo, que piensa lo mismo, porque tiene montada una guardia alrededor de ti como alrededor de una prometida.

—Pues no creo que debas alimentar esos tenebrosos proyectos—dijo Julieta, riendo de buena gana—y además, no sé lo que contestaría si tal cosa llegase... En fin, una prometida de veintinueve años y ocho meses, puede permitirse afrontar las seducciones de un vividor tan fatal, muy jugador, algo *jockey*, algo también maestro de esgrima, y, sobre todo, muy borracho... porque tal es el retrato poco lisonjero de tu amigo...

—Justamente me has cortado la palabra cuando iba á decirte que toda esa leyenda no se parece al verdadero Casal, ni más ni menos que el Napoleón de los *Châtiments* á nuestro pobre emperador. ¿Fatuo? ¿Es culpa suya caer sobre tres ó cuatro locas que se le colgaban del cuello? ¡Ríete, ríete! Sí, que se le colgaban... Paulina de Corcieux estaba obligada á no recibirle más, pero después del rompimiento, ¿quién ha ido clamando por todas partes del mal de otras, ella ó él? Yo estoy segura, yo, que me precio de honrada, de que jamás, jamás él me ha dicho una sola palabra que no debiera decirme... Y es inteligente, interesante, lleno de los recuerdos de sus largos viajes: el Oriente, las Indias, China, Japón... ¡Si ha corrido por el mundo entero! ¿Vi

vidor?, ¿jugador? Pues era bastante más rico que aquellos señores, y ha tenido más caballos, y ha perdido más dinero. ¡He ahí un motivo para indignarse!... Es posible que tenga la noción de la esgrima, pero no habla de ella y nunca he oído decir que haya abusado de su fuerza y pericia en la espada... También es posible que beba, mas siempre ha tenido el buen gusto de venir á mi casa perfectamente dueño de sí mismo... ¿Sabes lo que es ese muchacho? Pues niño mimado á quien la vida ha sido siempre bastante fácil... pero que reserva un montón de excelentes cualidades. ¡Y buen mozo además!... ¡Pero si tú le has vistol

—Creo recordar que una vez me lo presentaron en la Ópera—dijo Julieta;—un hombre alto, con pelo negro y barba rubia...

—Pues entonces hace mucho tiempo—replicó Gabriela—porque ahora solo lleva bigote. ¡Qué olvidadiza es la vida de París! ¡Si habéis debido encontraros más de cien veces!

—¡Como salgo tan poco!—insinuó Julieta.—Y, además, con mi casi miopía, apenas conozco á nadie.

—En fin, ¿saldrás esta tarde para ir á ver al bello Casal, sí ó no?

—Sí... Pero, ¿cómo hablas de él! ¡Cómo te entusiasmas! Si yo no te conociese...

—Dirías que estaba enamorada de ese hombre, ¿no es verdad? ¡Qué quieres! Tengo en mis venas

sangre de batalla y horror á las injusticias del mundo... Y, por supuesto, no me denuncies á Poyanne...

—¿Otra vez Poyanne?—replicó Julieta alzando ligeramente sus torneados hombros.

—¡Sí, sí!—contestó la condesa, moviendo la cabeza.—Cuando él no está allí, todo va bien; pero cuando te habla, he observado cómo te interesa una palabra suya... Pero, escucha, ahí está el carruaje.

¿Oís desde aquí la charla de despedida, repetición de la de llegada, desde el momento en que, efectivamente, el criado anuncia que el coche de la condesa ha llegado? ¿Oís los *¿ya?*, los *¡pero si acabas de venir!*, los *¡hasta la noche, mi dulce amiga!*, y en seguida besos, y luego risas, y el nombre de Casal nuevamente pronunciado; y, por último, el silencio apenas subrayado por la péndola del reloj y por el chasquido de la leña en la chimenea cuando parte la señora de Candale.

Julieta, sola ya, sentóse á la mesita, y después de rasgar el billete destinado á Miraut, tomó del *casier* de tafilete un plieguecito azul para escribir otro billete, que debía de ser más difícil, porque ella dió muchas vueltas entre sus delgados dedos al portaplumas de oro, sin dejar de mirar hacia el jardín, más melancólico ahora bajo el cielo vagamente obscuro.

Y he aquí las líneas que se decidió á trazar:

«Amigo mio: No vengáis esta noche antes de las once. Gabriela sale de aquí; yo no la había visto desde hace diez días, y he debido aceptar su invitación á comer en su casa esta noche. No sería muy amable dejarla inmediatamente después de la comida. No os incomodéis conmigo si diferó dos horas el momento de oiros referirme lo que ha pasado esta tarde en la Cámara y cómo habéis hablado. No vengáis luego con vuestros ojos serios, en los que leo un reproche por lo que llamáis (equivocadamente, por supuesto) *mi lado mundano*. Demasiado sabéis lo que es el mundo para mí sin vos, sin ti, y cuán grande es mi deseo de tener derecho á proclamar delante de todos lo que eres para tu amiga—JULIETA.»

En seguida, cuando hubo cerrado este billete, escribió en el sobre el nombre de un orador de la derecha de la Cámara, bien conocido en aquella época, y el cual había desempeñado en Versalles un papel muy parecido al que hoy desempeña tan noblemente el conde de Mun; y aquel nombre no era otro sino el del conde Enrique de Poyanne...

Lo cual prueba que las amigas más íntimas sólo se hacen confidencias á medias: porque si la señora de Candale sospechaba, como ya hemos visto: los sentimientos de Poyanne por la señora de Tillières, á mil leguas estaba de creer que tales sentimientos fueran correspondidos, y que un vínculo de amante á querida unía á los dos personajes.

Las mujeres muy honradas, y Gabriela era una de ellas, tienen ingenuidades de esa clase, que prueban su absoluta rectitud; pero, ¡cuántas otras pequeñas cosas contaba entre líneas aquel billete azull!

Si Julieta le hubiera leído otra vez, en lugar de cerrarle inmediatamente, ¿se habría dado cuenta de que la gracia de aquellas coquetas frases, aquel *tu* repentino, aquellas caricias del final ocultaban (ó compensaban) una perfidia? ¡No! Pero una pequeña infidelidad es casi lo mismo. ¿No es tal cosa para una querida, que sabe que su amante sufrirá pena por ello? Y Poyanne, que hablaba aquel día en una sesión importante de la Cámara, ¿no se sentiría molesto al saber que Julieta, pudiendo verle á las ocho, había diferido la entrevista por ir á comer con una persona á quien él no amaba?

Ella no había dicho á Gabriela que varias veces, y con ocasión de la señora de Corcieux, á cuyo marido él conocía, Poyanne juzgó muy duramente á Casal, y si la linda viudita hubiese leído otra vez aquel gracioso billete, quizá se hubiera preguntado por qué razón, unida á Poyanne en vida y para siempre (porque entre los dos mediaba secreta promesa de matrimonio), acababa de experimentar, escuchando á Gabriela, una especie de curiosidad singular por aquel Casal tan antipático á su futuro marido.

Y habría concluido siendo consecuente con ella

misma, que comenzaba á insinuarse un poco de laxitud en su sentimiento hacia Poyanne; y de un poco de laxitud á mucho fastidio, el paso es tan rápido como rápido es el de un poco de curiosidad á mucha coquetería.

Pero ¿podremos desenredar nunca la madeja de mil hilos que se cruzan en nuestro pensamiento detrás de las frases de nuestras cartas, cuando escribimos á alguien que nos tiene muy cerca de su corazón?

Cuando Julieta, media hora más tarde, hacía parar su carruaje delante del buzón de la calle de Montaigne para deslizar por sí misma la carta en correos, no sospechaba por cierto lo que significaba en el fondo, muy en el fondo, su graciosa prosa, ni más ni menos que la señora de Candale no sospechaba la funesta importancia que su invitación improvisada iba á tener en la existencia de su amiga más querida.

## II

### El desconocido.

La señora de Tillières tenía costumbre, cuando no comía en su casa, de hacer su *toilette* muy temprano, á fin de asistir á la comida de su madre, si ella no podía compartirla; porque la señora de Nançay conservaba, como recuerdo de sus treinta

años de provinciana, el principio de sentarse á la mesa á las siete menos cuarto en punto.

El comedor del primer piso, donde no cabían más de diez personas, era de las dos mujeres; aquella madre que adoraba á su hija por su hija y no por ella misma (raro sentimiento, lo mismo en las madres que en las hijas) se había dedicado á organizar el interior de la casa de manera que las dos existencias apareciesen reunidas, pero independientes.

Ella tenía su cuarto, su salón, sus criados, su distribución de horas; levantábase en todo tiempo á las seis, para oír misa en el cercano convento, y se recogía á las nueve de la noche; quería que Julieta gozase de tanta libertad como si viviera sola y protegida, y en el exceso de su abnegación se querellaba de aceptar la prueba de cariño que le daba la señora de Tillières siempre que ésta salía de casa.

Aceptábala, no obstante, comprendiendo que, sin tales condiciones, Julieta, que salía pocas veces, no saldría nunca; y además, ¡era un goce tan exquisito contemplar á su hija en toda la elegancia de su traje! ¡Pasaban las dos algunos minutos en intimidad tan dulce y tierna!

Rara vez presenciaba la escena una tercera persona; en los primeros días de la época en que Poyanne hacía la corte á Julieta, él inventaba siempre algún pretexto para acariciar con su mira-